

## LA VENTANA MALDITA

Una leyenda del país del rey Unauwen

En la costa este, al norte de la bahía Blanca, se alzaba una gigantesca roca que sobresalía sobre las demás, una roca agrietada, escarpada y aplanada en lo más alto. El caballero Marwen deseaba construirse un castillo allí.

El caballero Marwen era joven y valiente, por no decir intrépido y uno de los más poderosos gobernantes del rey. Vivía en el palacio de sus antepasados al pie del acantilado, si bien se decía: «Esta casa está situada excesivamente segura, protegida y cómoda aquí. No puedo alcanzar a ver más allá de mi nariz por una sola de las ventanas. Desearía construir un castillo en lo alto de la roca con ventanas que den al norte y al sur, al este y al oeste, y así poder contemplar todo el país y el ancho mar».

Hizo venir a varios maestros de obras y a los mejores arquitectos de la ciudad y les dijo:

—Construidme un castillo allá en lo alto, entre la fértil tierra y el ancho mar. En cuanto esté acabado, llevaré allí a mi prometida, la hermosa Iduna.

Los maestros de obras diseñaron planos y después llegaron muchos trabajadores: canteros y albañiles. Comenzaron

a trabajar, mas todo cuanto construían durante el día se derrumbaba a la mañana siguiente. Lo que conseguían hacer en la claridad, era destruido en la oscuridad. Los cimientos que ponían una y otra vez, terminaban hundiéndose. Cada una de las piedras que colocaban durante el día, acababa rodando hasta el mar durante la noche.

¿Por qué sucedía aquello? ¿Acaso era debido a un corrimiento de tierra? ¿Quizá se debía al viento que golpeaba constantemente las rocas o al temporal procedente del oeste?

Los maestros de obras se sintieron confusos, los trabajadores se enfadaron y todos comenzaron a sentir miedo.

Los campesinos y los pescadores cuchicheaban entre ellos: «¿Acaso no saben que esa roca está maldita? Nadie puede construir una casa en lo más alto, ni siquiera un héroe como el caballero Marwen».

El caballero Marwen conocía esos rumores, pero no tenía la menor intención de renunciar a su plan.

—No dejaré que esas historias fantasmales me afecten —dijo—. Cuanto más difícil sea la tarea, mayor será la satisfacción después. Mi castillo debe alzarse allá en lo alto e Iduna, mi prometida, será su señora.

—¡Ay, Marwen! —exclamó la hermosa Iduna—. No es necesario que me construyas un castillo allá arriba, la roca me resulta demasiado alta y demasiado cercana al bravo mar.

Pero el caballero Marwen era testarudo. Cuando se le ocurría una idea, tenía siempre que llevarla a cabo, no importaba el modo. Hizo venir a otros maestros de obras y a más canteros y albañiles. Pero todo lo que construyeron durante el día volvió a destruirse durante la noche y su castillo continuó siendo un castillo en el aire sobre la roca. Los maestros de obras y los arquitectos, los canteros y los albañiles se dijeron entonces:

—Este lugar está maldito. Las manos humanas no tienen nada que hacer aquí.

Y desaparecieron uno tras otro.

—Marwen, cariño, ha pasado ya más de un año —dijo Iduna—. ¿Cuándo me llevarás a tu casa convertida en tu esposa?

—No tengo casa —respondió el caballero Marwen—. Sólo sueño con una vivienda que tenga mil ventanas que den a todos lados, en especial al oeste, donde se encuentra el mar.

Aquella noche subió a la roca como había hecho tantas veces. Arriba en la explanada se detuvo y suspiró.

—¿Por qué no puedo construir aquí mi castillo? —preguntó. Una voz en la oscuridad le respondió:

—Porque esta tierra no os pertenece. Estas rocas son mías y nadie tiene autorización para construir aquí.

Marwen se asustó. Cerca de él apareció una figura oscura. Parecía un hombre cubierto con un largo manto. ¿De dónde había salido?

—¿Quién sois, forastero? —preguntó el caballero Marwen—. ¿Y con qué derecho afirmáis ser el propietario de estas rocas?

—Estas rocas me pertenecen desde el comienzo del mundo —respondió el forastero—. Puse mi nombre en ellas mucho antes de que los humanos pisaran la tierra.

—¿Y cuál es ese nombre? —susurró Marwen.

—¡No os lo revelaré, caballero! Antaño vivía en lo alto de las estrellas; pero me caí, me precipité en una lluvia de fuego. Y lo primero que toqué al caer fueron estas rocas. Aún recuerdo muy bien el modo en que maldije estas duras piedras y cómo el mar comenzó a bramar como si bullera.

Y, entre susurros, el forastero añadió:

—Caí muy, muy hondo y, aun así, sobreviví a aquel golpe.

Un escalofrío recorrió la espalda de Marwen. Los ojos del forastero eran rojos como las brasas y bajo el manto le pareció ver una pierna que acababa en pezuña. Una línea de sombra se arqueó como una cola.



–Creo saber quién sois –dijo Marwen.

–No lo digáis en voz alta, llamadme Espíritu de las Rocas.

–Un espíritu maligno, me temo.

–No tenéis nada que temer, caballero. Desearía hacer un pacto con vos. Os arrendaré mis rocas y construiré aquí vuestro castillo, pues soy el único maestro de obras capaz de hacerlo. Pero no lo haré en vano.

–No os comprendo –dijo el caballero Marwen–. ¿Qué queréis a cambio?

–Aquí tengo un contrato –dijo el Espíritu de las Rocas–. Sólo necesito vuestro nombre escrito con sangre.

–¿Qué dice el contrato? –preguntó el caballero Marwen–. Está demasiado oscuro para poder leerlo.

De pronto, en el cielo despejado, un rayo resplandeció e iluminó el contrato que el espíritu sostenía frente al caballero Marwen.

–¡Os habéis delatado! –gritó el caballero–. ¡Sois el dia-

blo! Deseáis mi alma. Un alma inmortal a cambio de una construcción de madera y piedra.

—¡Una construcción que resistirá varios siglos y que os hará célebre! Un castillo para vos y vuestra prometida, la bella Iduna.

—Ajá, veo que conocéis bien mis deseos —dijo Marwen—. Pero no recibiréis mi alma a cambio. Amo a Iduna con todo mi corazón y con toda mi alma, y cuando contraiga matrimonio, ella será la única dueña de ambos.

Durante un momento el Espíritu de las Rocas pareció desplomarse. Después se enderezó y habló:

—No me interesan el dinero y los bienes, sólo colecciono almas. Y me da igual qué alma reciba a cambio de mi trabajo. Sigo deseando construir vuestro castillo tal y como lo habéis soñado. Cumpliré vuestros deseos bajo una condición. Colocaré mil ventanas en el castillo y en una de ellas pondré todo el poder de mi arte. ¡Una de esas ventanas será mía! Y el primero que mire por ella será mío. Prometedme el alma del primero que mire por esa ventana.

—Podría hacer cerrar la ventana con cerrojos —dijo el caballero Marwen.

—Todas las ventanas dispondrán de contraventanas —habló el Espíritu de las Rocas—. Podréis cerrarlas si así lo deseáis.

—¿Y la ventana maldita? ¿Me diréis qué ventana es la maldita?

—Por supuesto que os lo diré.

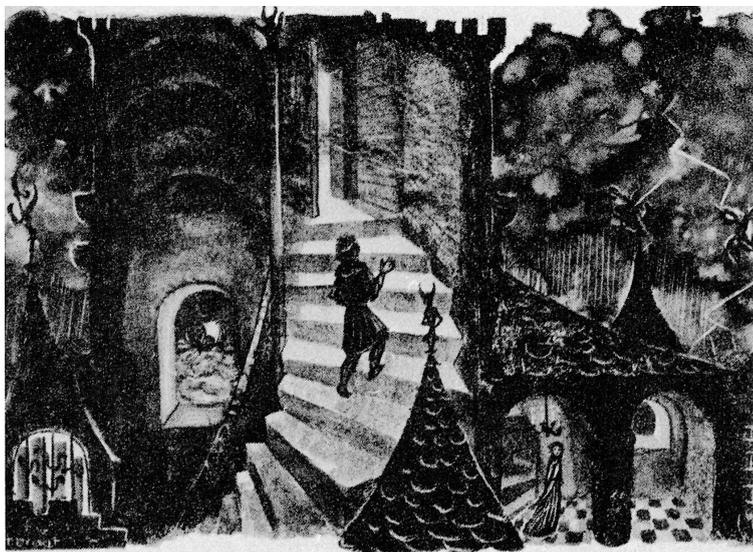
—No me fío de vos —dijo el caballero Marwen—. ¡Preten-  
déis darme el castillo sin pedirme nada a cambio!

—Nunca hago entrega de algo sin pedir nada a cambio. ¿Aceptáis mi oferta? Si es así, haré un nuevo contrato.

—La acepto —respondió el caballero Marwen.

Y de este modo selló un pacto con el Espíritu de las Rocas y firmó el contrato con su propia sangre.

Sólo el caballero Marwen sabía que su nuevo maestro de



obras no era un ser humano. Y nadie supo de dónde llegaron los trabajadores que llevaron a cabo el proyecto de aquel maestro. Únicamente trabajaban de noche. Los campesinos y los pescadores vieron arder las antorchas sobre las rocas y se dijeron que sería imposible que aquello saliera bien. Sin embargo, la construcción del castillo avanzó y finalmente estuvo terminado en un tiempo brevísimo. Los campesinos y los pescadores dijeron entonces:

—¿No es magnífico? El caballero Marwen lo ha conseguido.

La bella Iduna guardó silencio. Al mirar los muros y las torres sintió inquietud. El maestro de obras le mostró a Marwen los interiores y exteriores del castillo, y le dijo:

—Podéis instalaros ya. Pero recordad, en la torre más alta se encuentra la única ventana que da al oeste. Ésa es mi ventana.

El maestro de obras se marchó, los trabajadores desaparecieron y el caballero Marwen dio una gran fiesta en su cas-

tillo. Triunfante, cruzó el umbral con la bella Iduna convertida en su esposa. Las luces iluminaron hasta bien entrada la noche todas las ventanas, excepto una. Aquella ventana permaneció cerrada. El caballero Marwen había colocado cerrojos en la contraventana y había colgado unas cortinas delante para impedir que se pudiera mirar por ella.

La primavera transcurrió y después el verano. El caballero Marwen e Iduna se amaban más que nunca y su felicidad era completa. En todo el país se hablaba de su castillo y recibían la visita de muchos huéspedes. Marwen guiaba a los invitados a través de los aposentos y las salas, que disponían de ventanas que daban al campo y al mar. Sin embargo, jamás les mostraba el cuarto con la ventana maldita. Él mismo solía visitarlo en secreto con el fin de comprobar que los cerrojos de la contraventana seguían bien cerrados. A veces se preguntaba qué vista habría desde aquella torre alta. Era una auténtica pena que aquella contraventana permaneciera cerrada: nadie miraría jamás por ella.

El otoño llegó acompañado de lluvia y viento. No obstante, los muros del castillo permanecieron firmes y no temblaron una sola vez durante las fuertes tormentas. Todas las contraventanas fueron cerradas, pero un día la puerta que daba al cuarto de la torre se abrió de pronto y comenzó a golpetear. El caballero Marwen se percató de inmediato y se dirigió apresurado hacia allí. Las cortinas se movían delante de la ventana maldita.

—Hay corriente —dijo su esposa, que le había seguido—. ¿Por dónde entra el viento?

Y antes de que Marwen pudiera detenerla, descorrió las cortinas.

—¡Iduna! ¡No lo hagas! —gritó Marwen.

Después guardó silencio. La ventana seguía cerrada, la contraventana también.

—¿Qué sucede? —preguntó su esposa asustada.